



LAS LÍNEAS MAESTRAS DE LA EXHORTACIÓN *VITA CONSECRATA*

**MARZO 2022 – 24º LÍNEA MAESTRA**

**Vida abierta a los valores de las diversas culturas<sup>1</sup>**

La cuestión de la inculturación o de la relación de la vida consagrada con las diversas culturas es un argumento complejo y delicado, una «ardua tarea» (VC 79b). El problema no puede ser resuelto con una elección neta y drástica, ya sea negativa o positiva. El texto de la Exhortación que mejor reflexiona sobre la importancia y la complejidad del tema es el siguiente: «es importante que la persona consagrada se forme de modo progresivo una conciencia evangélicamente crítica respecto de los valores y antivalores de la cultura, tanto de la suya propia como de la que encontrará en el futuro campo de trabajo» (VC 67b; cf. 79b).

La persona consagrada debe partir de los valores de la revelación de Dios Padre en Cristo, es decir debe ser consciente de las riquezas del Evangelio. Solo a la luz del Evangelio la persona consagrada puede formarse una conciencia «evangélicamente crítica» (VC 67b) de los elementos de las varias culturas. El Evangelio hace descubrir que no pocos elementos de las culturas tienen necesidad de ser purificados y elevados. La persona consagrada debe saber luchar y vencer la tentación de secundar a la ligera el impulso hacia una cómoda e indiscriminada inculturación: «El compartir las aspiraciones legítimas de la propia nación o cultura podría llevar a abrazar formas de nacionalismo o a asumir prácticas que tienen, por el contrario, necesidad de ser purificadas y elevadas a la luz del Evangelio» (VC 38c).

La auténtica inculturación se desarrolla al interno del cuadro evangélico de las necesarias fidelidades (cf. VC 79a; 80b). La persona consagrada debe permanecer fiel a la Trinidad, a Cristo a María, a la Iglesia y a los valores esenciales del propio Instituto (cf. VC 110b). Dadas las características de su «opción tan comprometida» (VC 19b), la persona consagrada sabe que debe permanecer fiel no solo al programa de las santas promesas del bautismo, sino también al programa de las promesas de su «nueva y especial consagración» (VC 30t; 31d) y de su profesión en un determinado Instituto de vida consagrada. La obra de la inculturación debe realizarse sobre la base de la gracia común del bautismo y de la especial gracia de la vocación a la vida consagrada. «El reto de la inculturación ha de ser asumido por las personas consagradas como una llamada a colaborar con la gracia para lograr un acercamiento a las diversas culturas» (VC 79a).

Cuando la persona consagrada hace un adecuado discernimiento evangélico, no se limita a concluir: ‘estos elementos culturales no son compatibles con la vida cristiana’. El miembro de un

---

<sup>1</sup> ÁNGEL PARDILLA, *Vita consacrata per il nuovo millennio. Concordanze, fonti e linee maestre dell'esortazione apostolica Vita Consecrata*, Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano, 2003, p. 1402-1404.

Instituto de vida consagrada debe discernir si tales elementos culturales son compatibles con su forma de vida de especial seguimiento de Cristo y con la identidad carismática de su propio Instituto (cf. VC 80b). Las personas consagradas están llamadas a «discernir, a la luz del Espíritu, las modalidades adecuadas para custodiar y hacer actual, en las diversas situaciones históricas y culturales, el propio carisma y el propio patrimonio espiritual» (VC 42d).

La Iglesia enseña que, en línea de principio, «la elección de total consagración a Dios en Cristo no es para nada incompatible con la cultura e historia de cada pueblo» (VC 2d). «También hoy el florecimiento de vocaciones a la vida consagrada en las Iglesias jóvenes, sigue manifestando la capacidad que ésta tiene de expresar, en la unidad católica, las exigencias de los diversos pueblos y culturas» (VC 47b).

Las culturas, sin embargo, necesitan ser evangelizadas (cf. VC 98t) y purificadas. La vida consagrada tiene un papel específico a cumplir en este campo. Las personas consagradas están llamadas a contribuir «a una inculturación del Evangelio que purifique, valore y asuma las riquezas de las culturas de todos los pueblos» (VC 47b). «Si la vida consagrada mantiene su fuerza profética, se convierte, en el entramado de una cultura, en fermento evangélico capaz de purificarla y hacerla evolucionar» (VC 80a).

No es lícito cerrarse a los valores de las culturas de los diferentes pueblos, en nombre del carisma del propio Instituto, como mucho menos está permitido romper la unidad del Instituto o sacrificar la identidad del patrimonio espiritual del Instituto sobre el altar de presuntas exigencias de la inculturación. Las personas consagradas están llamadas a hacer un sabio y sereno discernimiento (cf. VC 42d). «El modo de pensar y de actuar por parte de quien sigue a Cristo más de cerca, da origen, en efecto, a una auténtica cultura de referencia, pone al descubierto lo que hay de inhumano, y testimonia que solo Dios da fuerza y plenitud a los valores. A su vez, una auténtica inculturación ayudará a las personas consagradas a vivir el radicalismo evangélico según el carisma del propio Instituto y la idiosincrasia del pueblo con el cual entran en contacto. De esta fecunda relación surgirán estilos de vida y métodos pastorales que pueden ser una riqueza para todo el Instituto, si se demuestran coherentes con el carisma fundacional y con la acción unificadora del Espíritu Santo» (VC 80b).

La auténtica inculturación no consiste en el proceso de ir cediendo fácilmente a las modas de la historia o en una cobarde sumisión a las fuerzas culturales predominantes. También en las aguas de la cultura hace falta moverse con discernimiento y estar dispuestos a nadar contracorriente. Sobre los ríos de la cultura es necesario que resplandezca el testimonio profético, muchas veces provocador, de la vida consagrada. En confrontación con «culturas que tienden, si no a negar del todo, sí a marginar la dimensión religiosa de la existencia» (VC 103a), la vida consagrada tiene el deber prioritario de testimoniar con particular impulso profético «el primado que tienen Dios y el Evangelio en la vida cristiana» (VC 84a).

«En una época de creciente marginación de los valores religiosos de la cultura» (VC 68c), los consagrados están llamados a colaborar según su estado de vida con el compromiso de «evangelizar la cultura» (VC 98t). «En nuestro mundo, en el que parece haberse perdido el rastro de Dios, es urgente un audaz testimonio profético por parte de las personas consagradas. Un testimonio ante todo de la afirmación de la primacía de Dios y de los bienes futuros, como se desprende del seguimiento y de la imitación

de Cristo casto, pobre y obediente, totalmente entregado a la gloria del Padre y al amor de los hermanos y hermanas» (VC 85a).

Ante «una cultura hedonística que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva» (VC 88a), la vida consagrada debe responder con una «*práctica gozosa de la castidad perfecta*» (VC 88a). Ante una cultura del «*materialismo ávido de poseer*» (VC 89a), la vida consagrada debe responder con una serena «profesión de la pobreza evangélica» (VC 89a). Ante una cultura de la prepotencia y del «uso deformado de la libertad» (VC 91a), la vida consagrada debe responder con el humilde testimonio de obediencia evangélica (cf. VC 91b).

En presencia de «una cultura utilitarista y tecnocrática, que tiende a valorar la importancia de las cosas y de las mismas personas en relación con su “funcionalidad” inmediata» (VC 104b), la persona consagrada debe ofrecer sin temores el testimonio de «*una sobreabundancia de gratuidad*, tal como se manifiesta en una vida gastada en amar y servir al Señor, para dedicarse a su Persona y a su Cuerpo místico» (VC 104d).

En paragón con la «cultura contemporánea, muchas veces tan secularizada» (VC 25d), «los monasterios han sido y son hasta ahora (...) escuelas de fe y de verdaderos valores de cultura para la edificación de la vida eclesial y de la misma ciudad terrena» (VC 6d). «Apoyados en el carisma de los fundadores y fundadoras, muchas personas consagradas han sabido acercarse a las diversas culturas con la actitud de Jesús (...) y, con un esfuerzo audaz y paciente de diálogo, han establecido provechosos contactos con las gentes más diversas, anunciando a todos, el camino de la salvación» (VC 79a). También en este campo las personas consagradas deben mirar con coraje hacia el futuro, sabiendo que no tienen «solamente una gloriosa historia por recordar y relatar, sino *una gran historia por construir*» (VC 110a). «En este sentido la vida consagrada prepara a las personas para hacer frente a la compleja y ardua tarea de la inculturación, porque las habitúa al desprendimiento de las cosas, incluidos muchos aspectos de la propia cultura» (VC 79b). Las personas consagradas saben que con frecuencia «una verdadera inculturación comporta necesariamente un serio y abierto diálogo interreligioso, que “no está en contraposición con la misión ad gentes: y que no dispensa de la evangelización”» (VC 79b).

Un ejemplo concreto de evangelización de la cultura es la presencia de las personas consagradas «*en el mundo de la educación*» (VC 96t): «De este modo la comunidad educativa se convierte en experiencia de comunión y lugar de gracia, en la que el proyecto pedagógico contribuye a unir en una síntesis armónica lo divino y lo humano, Evangelio y cultura, fe y vida» (VC 96b).

Para ser prontas a la gran tarea de «*evangelizar la cultura*» (VC 98t) y por exigencia intrínseca de su propia consagración, las personas consagradas necesitan «también en su interior *un renovado amor por el empeño cultural*, una dedicación al estudio como medio para la formación integral y como camino ascético, extraordinariamente actual, ante la diversidad de las culturas» (VC 98c).

---

DE LA CARTA APOSTÓLICA **MANE NOBISCUM DOMINE** DEL SUMO PONTÍFICE  
**JUAN PABLO II**  
AL EPISCOPADO, AL CLERO Y A LOS FIELES  
**PARA EL AÑO DE LA EUCARISTÍA**  
**Octubre 2004 - Octubre 2005**

---

**30.** A vosotros, queridos *Hermanos en el Episcopado*, os confío este Año, con la seguridad de que acogeréis mi invitación con todo vuestro ardor apostólico.

Vosotros, *sacerdotes*, que repetís cada día las palabras de la consagración y sois testigos y anunciadores del gran milagro de amor que se realiza en vuestras manos, dejaos interpelar por la gracia de este Año especial, celebrando cada día la Santa Misa con la alegría y el fervor de la primera vez, y haciendo oración frecuentemente ante el Sagrario.

Que sea un Año de gracia para vosotros, *diáconos*, entregados al ministerio de la Palabra y al servicio del Altar. También vosotros, *lectores, acólitos, ministros extraordinarios de la comunión*, tomad conciencia viva del don recibido con las funciones que se os han confiado para una celebración digna de la Eucaristía.

Me dirijo en particular a vosotros, *futuros sacerdotes*: en la vida del Seminario tratad de experimentar la delicia, no sólo de participar cada día en la Santa Misa, sino también de dialogar reposadamente con Jesús Eucaristía.

Vosotros, *consagrados y consagradas*, llamados por vuestra propia consagración a una contemplación más prolongada, recordad que Jesús en el Sagrario espera teneros a su lado para rociar vuestros corazones con esa íntima experiencia de su amistad, la única que puede dar sentido y plenitud a vuestra vida.

Todos vosotros, *fieles*, descubrid nuevamente el don de la Eucaristía como luz y fuerza para vuestra vida cotidiana en el mundo, en el ejercicio de la respectiva profesión y en las más diversas situaciones. Descubridlo sobre todo para vivir plenamente la belleza y la misión de la *familia*.

En fin, espero mucho de vosotros, *jóvenes*, y os renuevo la cita en Colonia para la *Jornada Mundial de la Juventud*. El tema elegido —«Venimos a adorarlo» (Mt 2,2)— es particularmente adecuado para sugeriros la actitud apropiada para vivir este año eucarístico. Llevad al encuentro con Jesús oculto bajo las especies eucarísticas todo el entusiasmo de vuestra edad, de vuestra esperanza, de vuestra capacidad de amar.

*Joannes Paulus PP. II*